

El poder de las infraestructuras



Distinguidos lectores:

En estas pocas semanas que han transcurrido desde que tomé posesión del cargo he tenido la oportunidad de esbozar algunos de mis propósitos como ministro de Transportes y Movilidad Sostenible. Lo haré aquí más extensamente y confío en que el tiempo demuestre que estas líneas, las primeras que les dirijo, estén a la altura de mis actos.

Si algo define este Ministerio es su capacidad para transformar la vida de las personas. Ese es el poder de las infraestructuras. El verdadero valor de una estación de tren, de un aeropuerto o de una carretera está en las oportunidades que ofrecen, en su potencia para reducir las desigualdades, derivadas en muchos casos de algo tan azaroso como el lugar de nacimiento y de residencia.

Este Gobierno ha considerado siempre a la movilidad como un derecho básico de los ciudadanos. Lo es porque determina cuestiones tan elementales como el acceso a una mejor educación, a más prestaciones sanitarias o, sencillamente, permite ampliar nuestras relaciones personales y profesionales. Nos abre nuevos horizontes. Hay una relación directa entre la movilidad física de la que disponemos y la movilidad social y laboral que alcanzamos.

Mi objetivo es que cada obra, cada intervención que llevemos a cabo, asegure este derecho. Los que hemos visto de cerca la realidad de la España menos poblada tenemos claro que movilidad es sinónimo de inclusión y de cohesión social y territorial.

También lo es de convivencia, que es indisoluble del conocimiento mutuo. Es algo que vale para una comunidad de vecinos y para un país. Y la mejor forma de conocernos, de empatizar, de no sentirnos primos lejanos y distantes, es contar con comunicaciones que nos acerquen y hagan posible compartir aspiraciones y proyectos.

Este es el sentido último de los dos grandes corredores ferroviarios que estamos desplegando y de los nuevos nudos logísticos que ya están mejorando la conectividad de las personas y de las mercancías. El Corredor del Mediterráneo y el del Atlántico constituyen los dos grandes ejes sobre los que ha de pivotar la vertebración social y territorial y el desarrollo económico sostenible de España.

Por su dimensión, este tipo de obras jamás llevará la firma de un solo ministro; ni siquiera la de un solo Gobierno. Sin embargo, son las que nos definen, las que nos producen orgullo. Muestran de lo que somos capaces como país y explican por qué nuestras empresas y nuestra ingeniería son referentes mundiales.

Es el caso de la variante de Pajares, que une a Asturias con la Meseta y a cuya inauguración asistí días después de mi nombramiento a mesa puesta. O del conjunto de la red de alta velocidad, que refuerza la imagen de excelencia que hemos construido en torno al ferrocarril.

Como decía, este Ministerio nunca será un refugio para la vanidad. Muy posiblemente, serán otras personas las que corten la cinta de las actuaciones que emprendamos. Pero también explica su funcionamiento como una secuencia perfecta entre la idea, su desarrollo y la culminación, y el alto grado de profesionalidad de los funcionarios que aquí trabajan y que, con independencia de su ideología, prestan su experiencia a cualquier Gobierno. Mi reconocimiento a toda la plantilla del Ministerio que ha hecho que éste sea una especie de cadena perfecta en la que los acontecimientos se van produciendo a través del tiempo y unos los piensan, otros los desarrollan y otros los disfrutan.

Yo soy un firme defensor de lo público, todo el mundo lo sabe y creo que, si este Ministerio es lo que es, es fundamentalmente gracias a sus trabajadores y trabajadoras, gracias a su personal. Y a vosotros y vosotras que sois a los que dedico estas líneas, quiero deciros que mi despacho está abierto para todos y para todas. No hay barreras. Me gusta que haya equipo, que la gente se sienta partícipe de lo que se está haciendo y tendremos tiempo de comprobarlo porque contamos con una hoja de ruta magníficamente diseñada.

No partimos de cero. El folio no está en blanco. Hay múltiples infraestructuras en marcha y muchas más en fase de diseño, que reforzarán nuestro liderazgo como potencia turística y la competitividad del tejido empresarial. Y no seré un simple espectador de este proceso. Estoy aquí para hacer.

Mi aportación será acelerar y completar la transición hacia una movilidad sana, sostenible y segura. A una escala más reducida fue lo que traté de conseguir para Valladolid en mi etapa como alcalde. Quiero que esta sea la contribución por la que se me recuerde, una huella personal con la que intentaré borrar otra: la de carbono.

Descarbonizar el transporte es, por tanto, mi máxima prioridad. Y créanme, la oportunidad es ahora. Contamos con los recursos de los fondos europeos del Plan de Recuperación, que seguiremos gestionando en una porción significativa. España ha recibido ya el tercer tramo de los 69 500 millones que tenía asignados, a los que se sumarán otros 93 500 millones en créditos y subvenciones de la adenda al Plan.

Lo fundamental en estos momentos es agilizar los mecanismos para que este dinero llegue a la economía real. Es un proceso que debe hacerse a alta velocidad. Ello requerirá de la cooperación de todos los agentes implicados, tanto privados como públicos, singularmente de Comunidades Autónomas y Ayuntamientos, con los que quiero reforzar la interlocución. Transformar la movilidad es una responsabilidad compartida.

Los fondos europeos han de proporcionar el impulso que la movilidad y el transporte necesitan. Aumentar la cuota del transporte de mercancías por ferrocarril, que el tren llegue a las grandes industrias y que se intensifique la interoperabilidad entre empresas ferroviarias y de mercancías, tejer nuestra red para que las opciones de movilidad sean accesibles a todos y todas y apostar por el transporte público como nunca nadie lo hizo antes y descarbonizar las ciudades, están entre nuestros retos.

Hablaba antes de Valladolid, donde creo haber modificado patrones de conducta muy arraigados. Acciones como la peatonalización del casco histórico, la electrificación de la flota de autobuses, la implantación de carriles-bus y bici, o la limitación de velocidad al tráfico rodado han cambiado su fisonomía. Siempre he defendido que las ciudades han de ser protagonistas de la nueva movilidad porque es en ellas donde se libra la gran batalla de la sostenibilidad. No les faltará la ayuda de este Ministerio para implantarla.

El cambio ha de venir del impulso a un transporte público eficiente y descarbonizado, que en sus distintas modalidades ha de dar también solución a los habitantes de la España menos poblada y acabar así con la dependencia obligada del vehículo privado. Y de la mejora de las Cercanías, que en las grandes urbes canaliza la movilidad cotidiana de la clase media y trabajadora.

Para un vallisoletano, Miguel Delibes siempre será una fuente de inspiración. Decía que Madrid le daba miedo porque, si Valladolid le parecía un enorme aparcamiento, Madrid le multiplicaba por cinco esa sensación. Y se refería a la naturaleza para denunciar que abusáramos de ella como si fuéramos los últimos inquilinos del planeta. La movilidad sostenible recupera el espacio público para las personas y es el mejor antídoto contra la degradación del medio ambiente. Delibes hubiera sido uno de sus más ardientes defensores.

Óscar Puente Santiago
Ministro de Transportes y Movilidad Sostenible